

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 9, 1-4): *El pueblo caminaba en tinieblas.*

Salmo (26, 1.4.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación».*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 10-13.17): *Poneos de acuerdo y no andéis divididos.*

Evangelio (Mateo 4, 12-23): *Seguidme y os haré pescadores de hombres.*

A Dios lo llamamos Padre nuestro, es decir, reconocemos que somos sus criaturas, y que es de y para todos. Este es el deseo de Dios: la vida, la luz, el gozo de sus hijos, y de su pueblo. Nada de particularismos: el Amor se extiende, llega a todos para darnos Vida plena. Qué bien lo dice Isaías: de la humillación, de las tinieblas y las sombras, del dominio del opresor..., Dios nos guía por la luz, con la alegría de quienes se gozan al segar, y de poder caminar erguidos. Si nos empeñamos en vivir hundidos, Dios nos llama al cambio personal y social. El deseo de Dios que se expresa y se hace comprensible para que lo hagamos nuestro (en el lugar de imágenes, nosotros creamos ideas abstractas que nadie entiende).

La certeza que mueve a Isaías es la que hemos de vivir: Dios Padre guía la vida y la historia, ha puesto su morada en la vida, para hacerla crecer y transformarla. Este anuncio se ha hecho realidad en Jesús porque Él viene a traer esa cercanía del Padre. Él es la Luz que se manifiesta en medio de los hombres. Así, para descubrirlo, todo lo humano ha de tener resonancia en nuestro corazón y en el de la Iglesia. Aquello de los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de todos... han de ser los de los seguidores de Jesús, como nos dijo el Concilio.

Pero es casi imposible vivir de acuerdo unos con otros. Junto a nuestros mejores deseos de relación, anidan también la rivalidad, el deseo de imponer criterios que creemos propios. Y tendemos a olvidar lo que une –el deseo del bien querido por Dios– y a amplificar las discordias. Parece que nos seguimos más a nosotros mismos que a Jesús que es Quien de verdad une. Bien nos avisa Pablo: poneos de acuerdo y no andéis divididos, sino unidos con un mismo pensar y sentir. Estamos llamados a vivir creando unidad, reconciliación y paz.

Jesús nos llama también a cada uno de nosotros. Lo primero es la llamada a la conversión, a estar dispuestos para ser de los Suyos, para vivir en comunión con Dios y con los hombres. Una llamada a cada uno, *«venid y seguidme»*; no hay seguridades, tiene que haber confianza: *«venid y veréis»*.

La llamada es “*para algo*”, para una tarea concreta: curar enfermedades y expulsar demonios: para llevar la vida de Dios a los hombres, haciendo crecer el bien y la unidad. Y una llamada inmediata, a la que se responde con un “*ya*”, sin excusas, sin mirar al arado, para ponerse en camino y dejar hasta lo más importante. Llamados a construir una familia más grande, donde todos tengan cobijo. Sin nada más, solo la confianza en Aquel que nos llama y todo lo puede. Santa Teresa decía que *«Dios todo lo puede»*; y Casaldáliga escribe *«no tener nada, no llevar nada... solo el Evangelio, como faca afilada»*.

Juan ha concluido su misión de introductor. Jesús está ya presente y toma el relevo en Galilea. En cumplimiento de lo anunciado por Isaías aparece en la región de Zabulón, junto al mar, y toda la región queda inundada de luz. Anuncia la llegada del Reino y la apremiante necesidad de conversión. Esboza un sumario de lo que es la conversión y entran en escena los primeros discípulos.

Llama Jesús a unos hombres de los que el evangelista no dice simplemente que “*se le unieron*”, sino que *«le siguieron»*. No son por lo tanto socios de un club o empresa común, sino “*seguidores*” dispuestos a arriesgarlo todo con él. En el seguimiento hay siempre alguien que va en cabeza mientras los seguidores van detrás siguiendo sus pasos y fiados de él: *«Hay que dejarlo todo y marchar tras Él»*.

En este episodio de la “*llamada*” hay quizá algo de idealización. **¿Es posible seguir, tras una simple llamada, a un hombre al que ven por primera vez?** Tal vez se trata de un sorprendente realismo, de un entusiasmo sin titubeos ni dudas ante el anuncio del esperado Reino de Dios, o habían precedido ya encuentros particulares. El hecho es que unos pescadores de oficio abandonan su vida para convertirse en *«pescadores de hombres»*, según la motivación de la llamada.

El anuncio del *«Evangelio»* comienza siempre con una apremiante llamada a la “*conversión*”. El proceso de orientación de la vida a Dios no es un logro que se consigue de una vez para siempre. La “*conversión*” es obra de cada día. Cada día hay que mantener a Dios en el centro de la vida en lucha contra las fuerzas centrífugas que tienden a desplazarle para levantar allí un trono de adoración del propio “*yo*” con sus egoísmos. La “*conversión*” es un proceso que pone a Dios en el centro y organiza todo lo demás en torno a Él.